

ANDRÉ THEURIET

GORDAL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

EL COSMOS EDITORIAL



MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María, núm. 4, bajo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3 (esquina á la de las Huertas).

GORDAL⁽¹⁾

Era la época en que se construía la Casa-galera. Habiendo resuelto la administración de las prisiones, separar el personal de uno y otro sexo existente en la Cárcel de Cl, trasladando para ello las mujeres allí detenidas á otra localidad, un inspector general manifestó que los edificios de la antigua abadía de Auberive, respondían á las mil maravillas á los propósitos del ministro. Por consecuencia de este informe, el Estado había adquirido el antiguo dominio de los Cisternienses, y lo estaban reconstruyendo con arreglo á los planos levantados para su nuevo destino, con gran desesperación de los vecinos de la villa, á

(1) *Bigarreau*, cereza gordal ó garrafal, es el apodo conque el autor presenta al protagonista de esta narración. Nosotros le designaremos en ella con la palabra *Gordal*, tan solo, por parecernos más breve (*N. del T.*)

quienes hacía muy poca gracia el tener una casa de corrección en su vecindad.

El director de la cárcel de Cl..., impaciente por desentenderse cuanto ántes de sus detenidas, apresuraba los trabajos con febril actividad, y como Cl..., no distaba más que unas ocho leguas de Auberive, pasaba la mitad del tiempo en los talleres de las construcciones, comenzadas ya, examinando las gruesas paredes, hostigando al arquitecto, molestando á los contratistas de las obras y haciendo desesperarse á los obreros.

Este director era un hombre fornido y rechoncho; su cara de negrero, encendida como la grana y maltrecha por las viruelas, estaba coronada por un verdadero casquete de cabellos crespos, é iluminada por ojos grises, huraños y frios como el acero, pero singularmente enérgicos.

Hasta tanto que los edificios estuviesen en estado de recibir á las mujeres, habíase dispuesto que se trasladasen allí unos cincuenta muchachos, detenidos en la cárcel de Cl..., á fin de emplearlos en los trabajos de terraplenar y se les esperaba aquella tarde en Auberive.

Paseando por el camino que domina el valle del Aube, explicaba el director las ventajas de esta decisión á Mr. Ivert, guarda general de bosques, de quien era compañero de mesa en la única posada de Auberive.

—Van á llegar—le decía con cierto orgullo profesional;—antes de un cuarto de hora estarán aquí... Vienen de Cl... á pié, custodiados por sus celadores. Ya vereis como maniobran esos mozos .. ¡Son encantadores .. y felices.

Una amable sonrisa entreabrió sus finos labios, hendididos por tremenda cisura, al propio tiempo que sacudía con su roten de puño do marfil, los cardos del camino.

Poco tiempo después, mirando en dirección á la aldea de Bay, se vió, á favor del sol que se ponía, una nube de polvo que cubría el camino.

El director, sirviéndose de su ancha mano á guisa de pantalla, exclamó con acento de triunfo:

—¡Allí vienen!

No se engañaba; se les distinguió bien pronto envueltos en no pequeña polvareda. Iban formados de cuatro en cuatro; los mayores delante, á la cabeza, los pequeños detrás de los mayores y los celadores en fila exterior. Era una especie de procesión que avanzaba por entre los verdes zarzales del campo, claramente iluminada por los oblicuos rayos del sol, aproximándose á los muros de la antigua Abadía. Cuando estuvieron al alcance de la voz, á una señal del jefe de los celadores, entonaron una canción en la cual se ensalzaban las alegrías del trabajo y las bellezas de la naturaleza. Encerrados en su chaqueta de uniforme, cubriendo la gorra, metida hasta

las orejas, sus peladas cabezas, levantaban á compás los empolvados piés y desfilaban militarmente ante el director y su acompañante. Todos llevaban, respetuosamente, los ojos bajos y gritaban, por decirlo así, casi automáticamente, su virtuosa canción.

Al primer golpe de vista, todas aquellas figuras infantiles parecían cortadas por un mismo patron; todas tenían la misma mirada humilde y desconfiada, mirada semejante á la del perro á quien se ha castigado y que no se atreve á rebelarse por temor á ser castigado de nuevo; la misma palidez y abotagamiento resaltaba en sus rostros, notándose en todos ellos los mismos gestos mecánicos y la misma fingida jovialidad.

—¿No es verdad que son airosos?—exclamó el director golpeando el suelo con la contera de su baston; —han andado ocho leguas y parece que acaban de salir de la prisión... ¡Ahí los teneis, ágiles, frescos como rosas y alegres como pinzones!

¡Ágiles! era posible; pero algunos arrastraban trabajosamente los piés. En cuanto á su alegría, M. Ivert supo pronto á qué atenerse. Mientras que el director hablaba con el jefe de los celadores, uno de los detenidos se quedó algo rezagado, como tratando de reconocer al guarda-bosque. Su cara, salpicada de manchas rojas expresó la alegría y sus azules ojos se iluminaron por un momento.

—¡Número veinticuatro!—gritó el jefe de los cela-

dores—¿por qué os quedais atrás, como un haragan? ¡A la fila, pronto, pronto!

La picaresca fisonomía del muchacho se oscureció y Mr. Ivert, que le miraba de frente en aquel momento, se asombró de la expresión terrible é hipócritamente sumisa que adquirió de pronto el amarillo y pintado rostro del adolescente.

Siguiendo su cántico penetró la columna de los detenidos en el patio de la abadía y las verjas de hierro de la puerta principal se cerraron con estrépito tras ellos; pero el recuerdo de aquella amarilla y movable fisonomía, pintada de manchas rojas, entrevista un momento en el desfile, quedó grabado en la imaginación del guarda general.

Por la noche, al acostarse, volvió á pensar involuntariamente en ella. Le parecía haber visto en alguna parte un rostro semejante al del *número veinticuatro*; pero era su recuerdo tan vago, que no pudo asignar un nombre á aquella fisonomía. La cosa tenía para él poca importancia y al día siguiente ni se acordaba ya de ella.

Algunos días después, cuando M. Ivert, completamente solo, se hallaba sentado á la mesa desayunándose, su patrona, que era bastante locuaz, le dijo al servirle:

—A propósito, Mr. Ivert, ¿habeis visto á los niños que trabajan en la prisión?

—Sí: ¿qué quereis decir con eso?

—¿Qué? que hay uno que es de vuestro país y que os ha reconocido al pasar.

Mr. Ivert se acordó de nuevo de aquellos ojos azules, desmesuradamente abiertos y de la azorada fisonomía del número veinticuatro. Es seguro que su patrona se refería á este. Pero por mucho que revolvió en su memoria, no pudo recordar quien sería aquel muchacho de su país, que había ido á parar á la casa de corrección. La aventura no dejaba, sin embargo, de intrigarle y le entraron deseos de ver de cerca á su joven y precoz paisano. La cosa era fácil; la patrona había conquistado al jefe de los celadores y ella prometió á Ivert, que, valiéndose de él, le llevaría allí al día siguiente al detenido en cuestión.

A la hora de comer llegó el director, encantado de la buena conducta de «sus hijos», como él decía. No sabía hablar más que de ellos.

—¡Son admirables!—repetía constantemente.— Y sin embargo señores, constituyen la hez de la sociedad. Hay entre ellos asesinos é incendiarios, que han llegado á ser dóciles como corderos. ¡Ese es el resultado de nuestra disciplina física y moral!... De esas criaturas perversas, formamos nosotros trabajadores útiles, como de mala borra se fabrica buen paño. ¡La solución de la cuestión social está ahí, señores, y... tal vez la solución de la cuestión económica! Mis muchachos cuestan al Estado cincuenta céntimos

por día y por cabeza, y remueven la tierra como obreros á quienes tendríamos que pagar tres francos... ¡Reducción del coste de la mano de obra y moralización de la especie!... ¡Hé ahí el verdadero progreso humanitario!

El guarda general estuvo á punto de pedir algunas noticias acerca del número veinticuatro; pero el director, de mirada dura y lábios partidos, le inspiraba muy poca confianza, á pesar de las teorías humanitarias de que tanto blasonaba. Temiendo atraer sobre su desconocido paisano la atención de aquel terrible apóstol del progreso, por la disciplina y el trabajo á precio reducido, resolvió esperar y juzgar por sí mismo.

Al día siguiente, la puntual patrona introdujo en la habitación de M. Ivert á un muchacho de unos quince años de edad, con el cual le dejó solo. Era el número veinticuatro. Un tanto amarillo y grueso, oprimido en su traje de trabajo, permanecía con la gorra en la mano ante el guarda general. Su cabeza, de rubios cabellos cortados á punta de tijera, tenía todo el aspecto de una bola; sus ojos, azules y de astuta mirada, se levantaban y bajaban alternativamente fijándose en el guarda general como si su dueño quisiera estudiar á su interlocutor antes de confiarse á él.

—¿No me reconocéis, señor?—preguntó con acento tímido, á la vez que burlon;—¡sin embargo, yo os

he servido de recadero muchas veces cuando estabais en Villotel!

Estas palabras despertaron el recuerdo del guarda general:

—¡Gordal!— exclamó con viveza.

Entonces se acordó de un galopin de ocho años, de enmarañados cabellos de color de paja, que vagabundeaba por las calles de su aldea, llevando por todo traje una mala camisa y un pantalón hecho girones y lleno de remiendos, que el muchacho ostentaba con indiferencia y travesura encantadoras. Sus mejillas llenas y sonrosadas, y sus labios de color de cereza, le habían valido el extraño apodo de Gordal, con el cual había sido bautizado por las gentes de la comarca. Hijo de padre desconocido y de una pordiosera que le había abandonado, vivía bajo el dominio público, y ejercía para vivir, cien industriosos oficios, de los cuales el más honroso consistía en llevar las cartas amorosas de los jóvenes á las grisetas del barrio.

En el verano, en la época de los baños, guardaba la ropa de los bañistas, sentado á la sombra de los árboles, ó á la orilla del río, fumando y riendo á mandíbula batiente, cuando un nadador novel perdía las vejigas que le sostenían en el agua, y sumergiéndose en ella de repente creía ahogarse.

En el invierno se refugiaba en la barraca de un castaño, partía la leña para asar las castañas y

cuidaba de sostener constantemente un fuego lento bajo la agujereada sartén: atrapaba de cuando en cuando alguna castaña asada, que empezaba por quemarle los dedos y concluía por calmar las imperiosas exigencias de su vacío estómago. Todos estos detalles acudieron de pronto á la memoria de Mr. Ivert, que examinaba aquella fisonomía abotagada, de la cual habían desaparecido los sonrosados colores y en la que la estancia en la prisión había marcado ya, alrededor de los ojos y al extremo de los labios, una depravación precoz.

Se preguntaba, si al encargar en otro tiempo á aquel muchacho de llevar cartas amorosas, alimentando así sus vagabundas costumbres, no había sido el primero en lanzarle al camino que conduce al correccional.

Se creía responsable en parte de esta corrupción y, presa de un sentimiento de piedad, miraba casi afectuosamente á aquel pillete, que se entretenía en dar vueltas, distraidamente, á su gorro entre los dedos.

—¡Cómo! ¿eres tú, Gordal?—repetía.

—Sí yo soy,—respondió el muchacho, al propio tiempo que en su rostro se pintaba una pícarosa sonrisa y sus ojos se animaban.

—Pobre muchacho, ¿cómo es que te hallas preso?

—¡Ahí teneis!—replicó Gordal con el mayor desbarrazo; —¡no he tenido suerte!... Ya sabeis que yo guardaba en el verano la ropa de las gentes que

iban á bañarse á La Breche .. Un día, sacudiendo un pantalon, cayó de uno de sus bolsillos una moneda de cinco francos... ¡Yo no había visto jamás tanto dinero junto; la moneda me quemaba los dedos!... Perdí la cabeza y eché á correr con ella en la mano. Os digo la verdad; apenas la hube metido en el bolsillo, cuando quise volver atrás para colocarla de nuevo en el pantalon... ¡Desgraciadamente había sido visto, me echaron mano y me llevaron preso, y después ante el tribunal, el cual me condenó á permanecer *enjaulado* hasta que tenga veintiun años... Esto se llama no tener suerte, ¿no es verdad, señor?

Contaba esto con voz ya ronca y con mezcla de indiferencia y de desvergüenza.

Ivert le preguntó, que como se encontraba con el tan decantado régimen del director. Entonces el lábio inferior del muchacho se contrajo, su cara adquirió un sombrío tinte y haciendo una significativa mueca:

—Desgraciadamente—contestó—no es nada divertido... Nos han hecho venir desde Cl... á pie y con una mala sopa en el estómago; desde que hemos llegado, trabajamos en terraplenar cerca del bosque, en lo que va á ser el cementerio de la prisión, sin descansar un momento. ¡Diez horas de remover tierras en pleno sol! Y como si esto no fuera bastante, estamos mal alimentados: no nos dan más alimento que habichuelas á todas las comidas, y patatas á guisa

de postre. ¡Los celadores golpean como sordos! ¡Ah, señor, cuanto me acuerdo de aquel tiempo en que yo ganduleaba por las orillas del río de nuestro pueblo, viendo cómo se lanzaban á la corriente las arañas de agua!... ¡También yo quisiera lanzarme á la corriente como ellas; pero el director no quiere comprender lo mucho que se aburre uno en su *caja!*... «Frescos como rosas y alegres como pinzones»... Quiere que cantemos para hacer creer á las gentes que somos muy felices. ¡Qué farsa! ¡Y pensar que aun tengo para cinco años!... ¡Pero quereis creer que á pesar de todo esto, no siento deseos de morirme?

Su mirada se animaba y sus párpados se entrecebraban con aire misterioso. Concluyó su relación diciendo á su paisano algunos sueldos para tabaco.

Ivert le dió un franco, acompañando su regalo de un buen consejo. Gordal introdujo la moneda entre el forro de la gorra, escuchó el sermón con sonrisa irónica, y so pretexto de que iba á sonar la hora de entrar en el taller, se despidió con una reverencia del guarda general.

II.

El nuevo cementerio de mujeres debía ocupar un terreno baldío inmediato á los bosques de Montgeraud. Desde el lugar en que los detenidos trabajaban